

Miguel Ángel González

Todos los miedos

 Siruela

Nuevos Tiempos

Acta de la reuni3n del Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n 2015

Reunido desde las 20:00 horas del mi3rcoles 9 de septiembre de 2015, en el Caf3 Gij3n de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D.^a Rosa Regàs y D. Jos3 Mar3a Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria D.^a Patricia Men3ndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar por mayor3a el Premio de Novela Caf3 Gij3n 2015 a la novela *Todos los miedos* presentada por Miguel 3ngel Gonz3lez.

El Jurado ha destacado que en la novela hay dos voces narrativas unidas por un estilo com3n y una alta ambici3n expresiva. Ambas cuentan historias aparentemente dis3miles, con el denominador com3n de un pasado familiar cuyo dolor solo se soporta gracias a la distancia temporal y la frialdad de los narradores.

La trama y la subtrama de las dos historias se van desarrollando con gran sutileza y con un resultado de gran calidad literaria.

Rosa Regàs

Mercedes Monmany

Jos3 Mar3a Guelbenzu

Antonio Colinas

Marcos Giralt Torrente

Índice

Prefacio	13
¿QUIÉN TEME AL LOBO FERROZ?	17
LO QUE SÉ DEL OLVIDO	87
Nota del autor	191

MIEDO

Miedo a ver un coche de policía acercarse a mi puerta.

Miedo a dormirme por la noche.

Miedo a no dormirme.

Miedo al pasado resucitando.

Miedo al presente echando a volar.

Miedo al teléfono que suena en la quietud de la noche.

Miedo a las tormentas eléctricas.

Miedo a la limpiadora que tiene una mancha en la mejilla.

Miedo a los perros que me han dicho que no muerden.

Miedo a la ansiedad.

Miedo a tener que identificar el cuerpo de un amigo muerto.

Miedo a quedarme sin dinero.

Miedo a tener demasiado, aunque la gente no creará esto.

Miedo a los perfiles psicológicos.

Miedo a llegar tarde y miedo a llegar antes que nadie.

Miedo a la letra de mis hijos en los sobres.

Miedo a que mueran antes que yo y me sienta culpable.

Miedo a tener que vivir con mi madre cuando ella sea vieja,

[y yo también.]

Miedo a la confusión.

Miedo a que este día acabe con una nota infeliz.

Miedo a llegar y encontrarme con que te has ido.

Miedo a no amar y miedo a no amar lo suficiente.

Miedo a que lo que yo amo resulte letal para los que amo.

Miedo a la muerte.

Miedo a vivir demasiado.

Miedo a la muerte.

Ya he dicho eso.

Poema extraído del libro *Todos nosotros*,
de RAYMOND CARVER

Prefacio

En la gala de los premios Goya de hace algunos años, Pedro Almodóvar subió a recoger un galardón por su trabajo como director en una película cuyo título ahora no recuerdo; y lo hizo con una piedra en la mano. Era una piedra blanca de considerables dimensiones; más que una piedra, parecía realmente un trozo de fachada.

Él agarraba fuertemente aquel pedazo de pared con los dedos pulgar, índice y corazón de su mano izquierda, y fue justo de ese modo como decidió personarse en el escenario.

Al subir las escaleras que le separaban de la estatuilla que acababan de otorgarle, la inercia le llevó a dibujar un pequeño vaivén con los brazos, del mismo modo en que lo haríamos cualquiera de nosotros al recorrer media decena de peldaños, manchando involuntariamente la pernera de su pantalón de yeso blanco.

A él este infortunio no pareció importarle demasiado, puesto que continuó sonriendo hasta llegar al atril desde el que tenía que pronunciar su discurso, con su immaculado esmoquin negro manchado de yeso blanco y el desmesura-

do escombros sujeto por los dedos pulgar, índice y corazón de su mano izquierda.

Luego se colocó frente al micrófono, tragó una gran bocanada de aire y dio las gracias. No recuerdo demasiado bien esta parte de su discurso, pero supongo que reconoció el apoyo recibido por parte de sus familiares y amigos y compartió el trofeo con los miembros del equipo técnico y artístico.

Acto seguido alzó el brazo, levantando la piedra tanto como su corta estatura le permitía, y finalmente gritó:

—¡Esto que tengo en mis manos es parte de la historia universal! ¡Esto que tengo en mis manos es un pedazo del muro de Berlín! ¡Hoy celebramos que somos un poco más libres!

Aquel año era 1989 y pocas semanas antes Mijaíl Sergéevich Gorbachov había pronunciado el famoso discurso en el que, por vez primera, hablaba sobre el posible derribamiento del muro que había partido en dos a Alemania durante casi tres décadas.

El caso es que todos los asistentes a la ceremonia se pusieron en pie y aplaudieron con fervor y admiración a aquel pequeño hombre que sostenía una piedra enorme con los dedos pulgar, índice y corazón de su mano izquierda, como si de algún modo creyeran que él hubiera sido una pieza fundamental en el derrocamiento del comunismo soviético.

Y él se quedó allí.

De pie.

Inmóvil.

Petrificado.

Observando detenidamente a todas aquellas personas

que le aclamaban, sin bajar en ningún momento el brazo; y cuando sus ojos se inundaron por la emoción que le embargaba, les agradeció su cálido aplauso acercando el trozo del muro de la vergüenza contra su pecho, manchando su solapa también de yeso blanco, y prometiéndoles que nunca olvidaría aquel momento.

Años después otra película de Pedro Almodóvar volvió a copar la lista de nominaciones para la gala de los premios de la Academia de Cine, pero esta vez, contra todo pronóstico, su obra no se alzó con ninguna estatuilla, o tal vez sí que lo hizo, pero en tal caso debió tratarse de uno de esos premios menores que se entregan para destacar algún logro técnico del film y que no despiertan interés en nadie.

Así que el genial creador manchego se pasó toda la noche sentado en su silla, sin que nadie le dejara subir al escenario para enseñarles más piedras al resto de directores, productores y actores.

Esto hizo que se disgustara profundamente con todos sus compañeros de profesión, los mismos a los que prometió fidelidad eterna años antes tras recibir su ovación; y esa misma noche, al finalizar el evento, prometió ante las cámaras que nunca más asistiría a la ceremonia.

Lo que intento explicar con esta introducción es que las cosas siempre funcionan así, la opinión de la gente sobre el mundo que hay a su alrededor cambia constantemente. Cambió la de los miembros de la Academia sobre el trabajo de Almodóvar y también cambió la suya propia sobre sus compañeros de profesión.

Y es que por mucho que nos esforcemos en intentar moldear la percepción que el resto de personas tienen sobre nosotros, e incluso la que nosotros mismos tenemos sobre todo cuanto nos rodea, los factores externos que intervienen influyen en que el resultado final se escape a nuestro control.

Supongo que las dos historias que les voy a contar tratan justamente de esto, de la forma casi imperceptible en que los acontecimientos de nuestra vida logran modificar para siempre el concepto que tenemos sobre el mundo que nos rodea.